



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Homilía en la Santa Misa en honor del beato Juan Pablo II, con motivo de la visita del Icono de los universitarios a la ciudad de Soria Iglesia de San Juan de Rabanera (Soria) – 17 de octubre de 2011

Queridos jóvenes universitarios;
queridos hermanos y hermanas:

Hemos recibido el Icono de la Virgen, bajo la advocación de “*Sedes Sapientiae*”, que el beato Juan Pablo II entregó a los universitarios católicos del mundo entero para recordarles su identidad de creyentes y la protección de María sobre ellos; estos días estará entre nosotros. Así, nos recordará al queridísimo Papa que tuvo la intuición de que el Icono recorriera el mundo entero, recorrido que tanto bien ha hecho a tantos jóvenes del ámbito universitario.

Hoy queremos recordar -de una manera especial- su persona y su enseñanza. El beato Papa fue un gran regalo de Dios para la Iglesia y para el mundo entero. Fue un Papa a quien tantísimos millones de personas, católicos o no, consideraban -por así decir- *de la familia*. Pero ¿qué nos dice su vida y su palabra a nosotros? ¿qué enseñanza nos dejan?

Juan Pablo II fue el gran apóstol de los jóvenes. “*El papa os quiere*” les diría tantas veces; “*estoy con vosotros*” afirmó cercano ya el final de sus días terrenos; “*sois el futuro de la Iglesia y de la sociedad*” les gritó en numerosas ocasiones. Los jóvenes entendieron su mensaje y le siguieron, conectaron con él; así, Juan Pablo II fue para ellos un gran líder a quien seguían como modelo.

El beato Pontífice, queridos jóvenes, como buen pastor del rebaño de la Iglesia, nos ayudó a despojarnos del miedo a vivir en cristiano en medio una sociedad que profesa, en tantos ámbitos, un laicismo agresivo: “*No tengáis miedo*” proclamó desde el inicio de su Pontificado; “*no os avergoncéis de creer en Jesucristo*”. Y lo hizo porque sabía que los miedos, también a los creyentes, nos paralizan; por eso, para vencer al miedo, nos animó con su palabra y ejemplo.

Pero, además, Juan Pablo II fue el gran defensor de los auténticos valores humanos y cristianos; valores tan absolutamente fundamentales como la **paz**, de la que fue un gran sembrador y defensor. Luchó contra la violencia y el terrorismo, ante los más altos mandatarios y ante la gente sencilla. Igualmente fue un defensor infatigable de la **justicia**: justicia entre las naciones, entre pobres y ricos. Sobre este particular habló muy claro, especialmente sobre la justicia social. Pero si por algo se diferenció el beato Papa fue por ser un inquebrantable valedor de la **vida**, por cuyo respeto luchó incansablemente: por la vida de los indefensos, de los no nacidos, de los ancianos, de los enfermos, especialmente de los terminales. Junto a los ya enunciados, Juan Pablo II trabajó sin descanso por la suprema **dignidad de la persona humana**, sobre todo de la mujer.

¡Qué memorables son, queridos jóvenes, las imágenes que traen a nuestra memoria al Papa que se olvida de su enfermedad y debilidad para viajar tenazmente por todo el mundo y llevar el mensaje de Cristo a los hombres y mujeres de nuestro tiempo! En este sentido, tantas veces vimos cómo -a la hora de cumplir con la misión de anunciar a Cristo a sus contemporáneos- para él no contaban sus años ni su enfermedad. En este campo, en el del sufrimiento y la enfermedad, el Papa fue otro inigualable ejemplo, convirtiéndose en un hombre que dignificó incluso el dolor. Así, frente a un mundo que oculta el sufrimiento, él quiso aparecer sufriendo, no ocultando su dolor ni su enfermedad, reflejados tantas veces en su rostro sufriente. Al final de sus días terrenos nos dio la magistral lección de aquél que sabe que la última palabra -ante el desgarramiento del dolor y de la muerte- la tiene Cristo resucitado, Vida y Esperanza nuestra.

Ahora bien, si el Papa Wojtyła se tornó en ejemplo para el mundo entero fue gracias a su profunda intimidad con el Misterio de Dios. En efecto, la oración era para él esencial, fundamental, imprescindible; no concebía su vida sin ella. Es verdad que era un hombre muy activo pero su actividad no le impedía dedicar largas horas a la oración; al contrario, la oración le daba la fuerza y la gracia necesarias para el desempeño de su Ministerio petrino.

Queridos universitarios ¿qué mensaje nos ofrece, pues, la vida de Juan Pablo II a nosotros, jóvenes del S. XXI? Permitidme que os recuerde, primero, que su mensaje es plenamente actual pues no deja de ser actual la llamada a abrir las puertas a Cristo, el corazón a su Persona, porque sólo Él da respuesta a los interrogantes más profundos del hombre, incluso al dolor y a la muerte, ya que tantas veces descubrimos que los placeres pasajeros dejan vacío al ser humano. Dios es Quien llena nuestras ansias de infinitud y de transcendencia, como afirmara San Agustín: *“Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”*.

Juan Pablo II nos recuerda que Cristo cuenta con nosotros; que el Señor nos quiere, nos mira con cariño -como al joven rico del Evangelio (cfr. Mc 10, 17-22)- por encima de todas nuestras deficiencias y pecados. Él nos ha llamado a la fe y cuenta con nosotros para ser apóstoles en nuestros ambientes concretos y allí anunciar su Persona y su mensaje salvador. Así, en medio de un mundo que profesa un laicismo, a veces, agresivo, el recuerdo del Papa beato nos invita a no avergonzarnos de creer y a ser auténticos testigos del Amor divino. Queridos jóvenes, no podemos ocultar nuestra identidad aunque vivamos en este ambiente contrario; aunque nuestra sociedad se manifieste en demasiadas ocasiones como anticlerical, con un marcado acento materialista y hedonista que busca el placer pasajero e inmediato a costa de lo que sea. Tantas veces oiréis decir que Cristo y felicidad -fe y ser felices- son incompatibles. ¡No lo creáis! ¡Al contrario! Él nos ofrece la auténtica felicidad, aquí y después en la vida futura.

Vosotros, jóvenes, estáis llamados a hacer presente a Cristo en medio del mundo; Él os llama a llevar su mensaje salvador al corazón del mundo. Concretamente, vosotros debéis ser portadores de su luz en el ambiente en el que vivís, estudiáis, etc. ¡Sed testigos valientes de Jesús y su mensaje! ¡Tened el coraje

de vivir y testimoniar vuestra fe! Y hacedlo apoyados los unos en los otros y todos en Cristo. Juan Pablo II nos dijo con meridiana claridad: *“el único evangelio que muchos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo van a leer es el testimonio de los cristianos”*.

¿Cómo poder llevar a la práctica, en nuestras vidas, el ingente legado que el Papa nos ha dejado? Para ello, queridos jóvenes, debéis estar absolutamente enraizados en Cristo, como el sarmiento a la vida; como el árbol cercano al agua fresca y llena de vida de la acequia. Esto lo lograréis a través de la oración y de la vivencia de los Sacramentos, especialmente de la Eucaristía y del perdón.

Queridos todos, especialmente vosotros, jóvenes universitarios: no se puede ser creyente si no se es practicante; la fe es una vida que hay que alimentar diariamente. ¡Ánimo! ¡Adelante! El Señor está junto a vosotros amándoos, acompañándoos, deseoso de que le abráis la puerta de vuestra vida.

Que el beato Juan Pablo II, don inmenso de Dios a la Iglesia del tercer milenio, os cuide y os proteja. Miradlo a él y encontraréis un camino seguro que seguir para llegar a Dios. Y que Santa María, a quien amó con filial devoción, os ayude en este empeño de forjar vuestra santidad personal. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria